



Vigilad los cambios en vuestra vida

por el élder Gordon B. Hinckley

del Consejo de los Doce

(Conferencia general de octubre de 1972)

Wilford Woodruff anota que en 1833 todos los poseedores del sacerdocio de la Iglesia se reunieron con el profeta José en un cuarto de sólo cuatro metros cuadrados.

Esta noche, reunidos en ésta y en algunas 750 salas más, hay más de 180,000 personas, sobre las cuales se ha conferido este mismo sacerdocio. Supongo que entre ellos debe haber veinticinco o treinta mil jóvenes y adolescentes. Si el Espíritu me permite expresarme apropiadamente, quisiera hablarles a ellos.

Para principiar debo decir que estoy convencido de que nunca en la historia de la Iglesia, hemos tenido una generación de jóvenes más dedicados y más capacitados. Algunos de los hermanos mayores pueden refutar esto. Me viene a la mente la historia del niño que desayunando una mañana, dijo:

—Papá, anoche soñé algo acerca de ti.

—¿Acerca de mí? ¿Y qué fue lo que soñaste?

—Soñé que estaba subiendo por una escalera y que llegaba al cielo y al subir te tenía yo que escribir con gis cada uno de mis pecados en cada escalón.

—¿Y dónde entro yo en tu sueño? —pre-

guntó el padre.

El niño respondió: —Cuando yo estaba subiendo, me encontré que bajabas por más gis.

En varias épocas, el Señor ha elegido jovencitos y los ha instruido para el cumplimiento de sus maravillosos propósitos: Samuel, David, José, el que fue vendido en Egipto; Nefi; Mormón y José Smith son algunos de ellos.

Creo que de la misma manera os ha escogido a cada uno de ustedes para algo especial en su gran plan, quizá no en la misma categoría que los que he nombrado, pero El os ama y tiene una obra para cada uno de vosotros.

Cuan grande es pues, vuestra responsabilidad de vivir de tal manera que el Espíritu del Señor pueda morar en vosotros y que el Espíritu Santo pueda hablar por medio de vosotros.

Deseo tener la capacidad y el don del Espíritu para hablar con tal poder que vuestro corazón arda con la resolución de vivir así y crecer en gracia con Dios y con los hombres.

Lo maravilloso es que esto no está más allá de vuestra capacidad. El curso de vuestra vida no está determinado por grandes y

terribles decisiones. Nuestra dirección es fijada por las pequeñas elecciones que día con día hacemos, y que marcan la ruta por la que avanzamos.

Hace muchos años, yo trabajé en la oficina principal de un ferrocarril. Un día, recibí una llamada telefónica de mi corresponsal en Newark, New Jersey, E.U.A., diciendo que un tren de pasajeros había llegado sin el vagón de equipajes y los pasajeros estaban enojados.

Descubrimos que los vagones del tren habían sido colocados en la secuencia apropiada en Oakland, California y entregados correctamente en St. Louis, Missouri. De esta estación el tren debía ser llevado hasta su destino en la costa oriental, pero en los patios del ferrocarril en St. Louis, un descuidado peón de vía, movió una pieza metálica de solamente 7.5 cms. Esa pieza de acero era la aguja de un cambio de vía, y así el vagón que debía haber llegado a Newark, New Jersey, estaba en New Orleans, Louisiana, a unos dos mil kilómetros de distancia.

Así ocurre en nuestra vida; un cigarrillo fumado, una cerveza bebida en una fiesta, una droga tomada en un momento de atrevimiento, una entrega sin cuidado cediendo

a un impulso en una cita amorosa: ha movido un "switch" —produciendo un cambio— en la vida de un joven, poniéndolo en una vía errónea que lo llevará lejos de lo que podría haber sido un gran llamamiento preordinado. Y como dijo Nefi "... Y así el diablo engaña sus almas, y los conduce asustadamente al infierno" (2 Nefi 28:21).

Tengo en mi mano un pequeño paquete que compré en Suiza. ¿Recordáis la película *La Novicia Rebelde* (*The Sound of music*), con su bella canción final "La canción del Edelweiss"? Esta, habla de una flor de los Alpes: "pequeña y blanca, pura y brillante, bendice mi patria por siempre".

Este es un paquete de semillas de Edelweiss. Las semillas son diminutas como pequeños gránulos de pimienta seca, pero en el frente del paquete está dibujado lo que podría llegar a ser, la planta madura, la flor que crece en las alturas de los Alpes suizos y austríacos, que soporta la furia de las tormentas que rugen a través de esas montañas, que florecen debajo de la nieve y que añaden belleza a los taludes y prados alpinos. Estas diminutas semillas tienen dentro de ellas, el potencial para una vida bella y vigorosa. Vienen a ser el símbolo de un vigoroso pueblo, "pequeño y blanco, puro y brillante" y bendiciendo a una gran tierra por siempre.

Así es también con los jóvenes: Ahí, dentro de vosotros, un incalculable potencial para hacer lo bueno. Las pequeñas decisiones diarias, determinarán el curso de vuestra vida.

Por tanto, *sed inteligentes*. El Señor os ha bendecido con una capacidad mucho mayor de la que os imaginan. Vuestro nivel de inteligencia podría no ser el más alto en el mundo. ¿Y qué? Las cárceles están llenas de hombres diestros, que son cualquier otra cosa, menos inteligentes. He llegado a la conclusión de que el trabajo del mundo no es hecho por genios intelectuales. Sino por hombres de una capacidad ordinaria, que usan sus habilidades, tenéis la obligación de buscar la manera de aprender y de mejorar vuestras habilidades.

No importa lo que escojáis: comerciantes, maestros, carpinteros, plomeros, mecánicos, doctores o seguir alguna otra vocación honorable. Lo importante es que estéis calificados como trabajadores útiles en la sociedad. Es tan fácil y tan trágico llegar a ser un hombre que anda sin rumbo y sin objeto, alguien que se aparta, que siempre se queda atrás. Es tan desafiante y tan satisfactorio ser productivo. Al hacerlo así no sólo bendeciréis vuestra persona, también bendeciréis la vida de aquellos a quienes estáis sirviendo; además, traeréis honor y respeto para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Porque vuestra identidad como mormón será reconocida y la imagen de la Iglesia mejorará por razón de la opinión que otros tienen de vosotros mientras que los estáis sirviendo.

Vosotros no podéis permitirlos hacer un trabajo corriente o malo. Vosotros tenéis el sacerdocio de Dios.

Sed limpios. "Sed limpios, vosotros los

que portáis los vasos del Señor" (D. y C. 38:42).

Sed limpios vosotros que manejaís y administráis el sacramento de la Cena del Señor.

Estuvimos recientemente con el presidente Lee, en el Jardín de Getsemaní en Jerusalén, donde en agonía, el Señor previó el terrible sufrimiento que tendría que soportar, sufrimiento tan intenso que causó que aun el Hijo de Dios sangrara por cada poro. Ahí fue burlado, traicionado y entregado en manos de los malvados.

Mis queridos jóvenes amigos: ¿no lo estamos burlando nuevamente si llegamos a la mesa del sacramento con las manos sucias y el corazón impuro, cuando administramos los emblemas de su sacrificio?

Como diáconos, maestros y presbíteros, vosotros no debéis sentaros a contar historias sucias, leer literatura pornográfica, ver películas pornográficas, abusar de vuestra sexualidad ni rebajaros a una conducta inmoral de cualquier clase.

Sed limpios para vuestra propia paz mental. Hablé el otro día con un joven que deseaba cumplir una misión. En meses anteriores él había sido inmoral. El y la joven con quien se había asociado pensaban que habían hecho una cosa muy inteligente. Pero vino a darse cuenta de que había tomado de ella algo precioso que nunca podría ser restaurado, y que él también había perdido algo de sí mismo para lo cual ya no hay compensación. Con las lágrimas corriendo por sus mejillas, hizo su propio juicio: era indigno de ir al mundo a enseñar a otros, normas de conducta que él había sido incapaz de vivir. No tenía ni paz ni alegría.

Sed limpios, por amor a vuestra posteridad. Algún día encontraréis a la mujer de vuestros sueños. Si la amáis verdaderamente, preferiríais cortaros el brazo derecho que ofenderla. Nunca perdáis de vista el hecho de que sois la persona a través de la cual se transmitirán las cualidades de vuestros antepasados, a la posteridad que vendrá después de vosotros. Deteneos y pensad: ¿Esas cualidades disminuirán o aumentarán vuestra conducta? Sed limpios y vuestra fuerza será como la fuerza de diez, porque vuestro corazón es puro.

Sed obedientes, mis queridos jóvenes amigos. Sed obedientes a los llamamientos del sacerdocio. Recientemente nos juntamos con misioneros en Inglaterra y Europa, más de un millar de ellos. Son un milagro para mí, un milagro constantemente renovado. Su tremenda capacidad, su valor al enfrentar obstáculos, sus callados y efectivos poderes de persuasión, ¡qué impresionantes son! ¿Cómo lo hacen?, alguien preguntó. Esa capacidad se ha desarrollado lentamente, por medio de la obediencia a los llamamientos de la Iglesia.

No hay ningún deber pequeño o poco importante en el reino de Dios. Y del cumplimiento de cada responsabilidad viene la fuerza para acometer algo nuevo y de mayor exigencia. Los hombres que están sentados en el estrado, en este Tabernáculo, y los directores del sacerdocio de todo el mun-

do, son en su mayor parte, sombras prolongadas de jovencitos que trataron afanosamente de cumplir con lo que les fue mandado.

"Tan cerca está la grandeza de nuestro polvo, como lo está Dios del hombre, cuando el deber susurra suavemente, debe la juventud responder: yo puedo" (Ralph Waldo Emerson).

Finalmente, *orad siempre*. El Señor ha prometido: "Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y contestará tus oraciones" (D. y C. 112:10).

El presidente Wilford Woodruff una vez declaró: "No hay ninguna diferencia si un hombre es presbítero o apóstol, si él magnifica su llamamiento. Un presbítero tiene las llaves del ministerio de ángeles. Nunca en mi vida, como apóstol, setenta o élder he tenido más protección del Señor, que mientras tuve el oficio de presbítero." ¿No es una cosa maravillosa contemplar cómo el Sacerdocio de Aarón, el cual vosotros poseéis, lleva consigo el derecho de la ministración de ángeles!

Espero que me perdonen por repetir una historia que escuché el otro día en Lausana, Suiza. Aquella era una ocasión sagrada y también en esta ocasión la veo de la misma manera.

Hace más de sesenta años, un niño que vivía en un rancho de Idaho fue con su padre al campo. Mientras su padre trabajaba, el niño se divertía con una cosa u otra. Al otro lado de la cerca había restos de unos edificios caídos y abandonados. El chico imaginariamente, vio en ellos castillos que explorar; trepó por la cerca y se aproximó a la casa para comenzar sus investigaciones. Al estar ya cerca oyó una voz que decía: "Harold, no vayas allí." Volteó para ver si su padre estaba ahí, más no era así: Pero el niño prestó oído a la advertencia. Se volvió y corrió. Él nunca supo qué clase de peligro lo acechaba ahí, ni lo preguntó. Solamente escuchó y obedeció.

Aquel niño hoy preside La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. A través de los años él ha escuchado y el Señor lo ha magnificado, protegido y guiado por medio de susurros de su santo Espíritu.

El mes pasado, caminamos juntos por un período de tres semanas. Yo como su compañero menor en el ministerio del Señor. Os doy mi testimonio de la obra del Espíritu en éste, el profeta de nuestros días. El Espíritu lo ha nutrido, cultivado y escuchado a través de los años, desde su niñez.

Orad siempre amigos míos, y escuchad. Podríais no oír nunca esa voz. Lo más seguro es que no la oiréis. Pero en una manera que no podréis explicar, seréis impulsados y bendecidos. Porque el Señor ha prometido: "Te lo manifestaré en tu mente y corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti. ..." (D. y C. 8:2).

Orad siempre, y conoceréis que Dios escucha y nos contesta. No siempre como nos gustaría que lo hiciera, pero al correr de los años, nos daremos cuenta que El escuchó y respondió.

Así que, vigilad los cambios en vuestra

vida, aquellas pequeñas pero importantes decisiones de la vida diaria. Sed inteligentes mis jóvenes amigos; sed limpios; obedientes y orad siempre. Para hacerlo se requiere cierto grado de disciplina, el ejercicio

de la cual trae fuerza y capacidad para emprender tareas más grandes que las exigen y que tienen como objetivo la edificación del reino de Dios, así como dar un servicio más útil en la obra del mundo. Vuestra vida será

provechosa y vuestro gozo eterno, yo os lo testifico como siervo del Señor e invoco sobre vosotros la dulce paz que sólo de Él proviene. En el nombre de Jesucristo. Amén.